

Cenizas en el mar

Oscar Pantoja

1

La muerte es impredecible. Llega cuando menos se la espera. Recuerdo esa mañana. Veníamos de una fiesta. Era veintiocho de diciembre. El primero de enero teníamos planeado salir de vacaciones a la costa pacífica. Llegamos, y la puerta del ante jardín estaba abierta. En la casa de Constanza nunca se dejaba la puerta del antejardín abierta. Ella me observó asustada. Seguimos. La puerta de entrada también se hallaba abierta. Lo primero que pensé fue que los ladrones habían robado la casa.

–Algo pasó– me dijo.

–Espera.

Entré primero. Era el hombre. Tenía que hacerlo. Adentro las cosas estaban intactas. Cerramos las puertas y el sobresalto desapareció. Subimos al segundo piso. Constanza dijo:

–Voy a bañarme.

Y entró al baño. Me quedé en su alcoba como de costumbre. Al momento apareció la madre y empezó a hacerme señales desesperadas. No entendí. Nunca en dos años de conocernos había hecho algo tan íntimo. Entró a la habitación y dijo en voz baja:

–Enrique murió.

–¿Qué?

–Murió esta mañana. ¿Cómo le decimos a Constanza?

Era su hija consentida. Entonces ella abrió la puerta del baño. Estaba en ropa interior. No se había bañado.

–¡Tápese con algo! Cómo se le ocurre salir así delante de Alejandro –dijo la madre.

–¿Qué pasó?– preguntó ella.

–Ya no se puede hacer nada– dijo la madre.

No sabía qué hacer. Sentía vergüenza al ver a Constanza desnuda frente a su madre. La madre pareció entender y le pasó una toalla a su hija para que se cubriera. Constanza gritó:

–¿Qué pasó?

–Tranquila– dije en forma tan suave que nadie oyó.

–Su papá murió.

–¿Qué?

–Le dio un ataque cardíaco esta mañana.

–Pero yo hablé con él anoche.

–Fue a hacer deporte y se excedió.

Constanza corrió al ropero a vestirse. Desvió la mirada para no ver su cuerpo. Mientras se vestía, la madre trataba de taparla haciendo una cortina con la toalla.

– ¿Dónde está?– preguntó.

–Todavía está en la clínica.Vine por los papeles de la seguridad social.

No recuerdo nada más, ni siquiera lo que hablamos en el taxi. En la clínica encontramos a los hermanos de Constanza. Empezaron a contar detalles. Raúl dijo:

–Murió como quería morir, de un ataque cardíaco.

Todos aceptamos. En la noche fue el velorio. Llegó mucha gente a la sala de velación. Era una familia conocida. No me separé de Constanza, era su novio. No podía dejarla sola. Participé hasta en la decisión de la cremación.

–Él no quería que lo enterraran bajo tierra– dijo Constanza.

–Quería que echaran sus cenizas al mar– dijo su hermana.

–Eso es lo que vamos a hacer– dijo Raúl.

Decidimos cremarlo y echar sus cenizas al mar. Me pareció tan bella la imagen que pensé decir que quería lo mismo para mí el día que muriera, pero sonaba inoportuno. Al día siguiente metimos el cuerpo del padre al horno. Fue rápido. Dos días después fuimos por los restos. Nos entregaron un pequeño cofre color caoba. A mí me encantó. Era bello. Entonces, mientras caminábamos, vino la idea.

–Quisiera que los dos botáramos las cenizas de tu padre al mar– dije.

Constanza me miró asombrada.

–No podemos. Debe estar mi familia.

Pensé en ello. Le iba a decir lo que tenía en mente, pero contuve la idea. Ella continuó.

–Tú eres mi familia. Lo que quiero decir es que debemos estar todos.

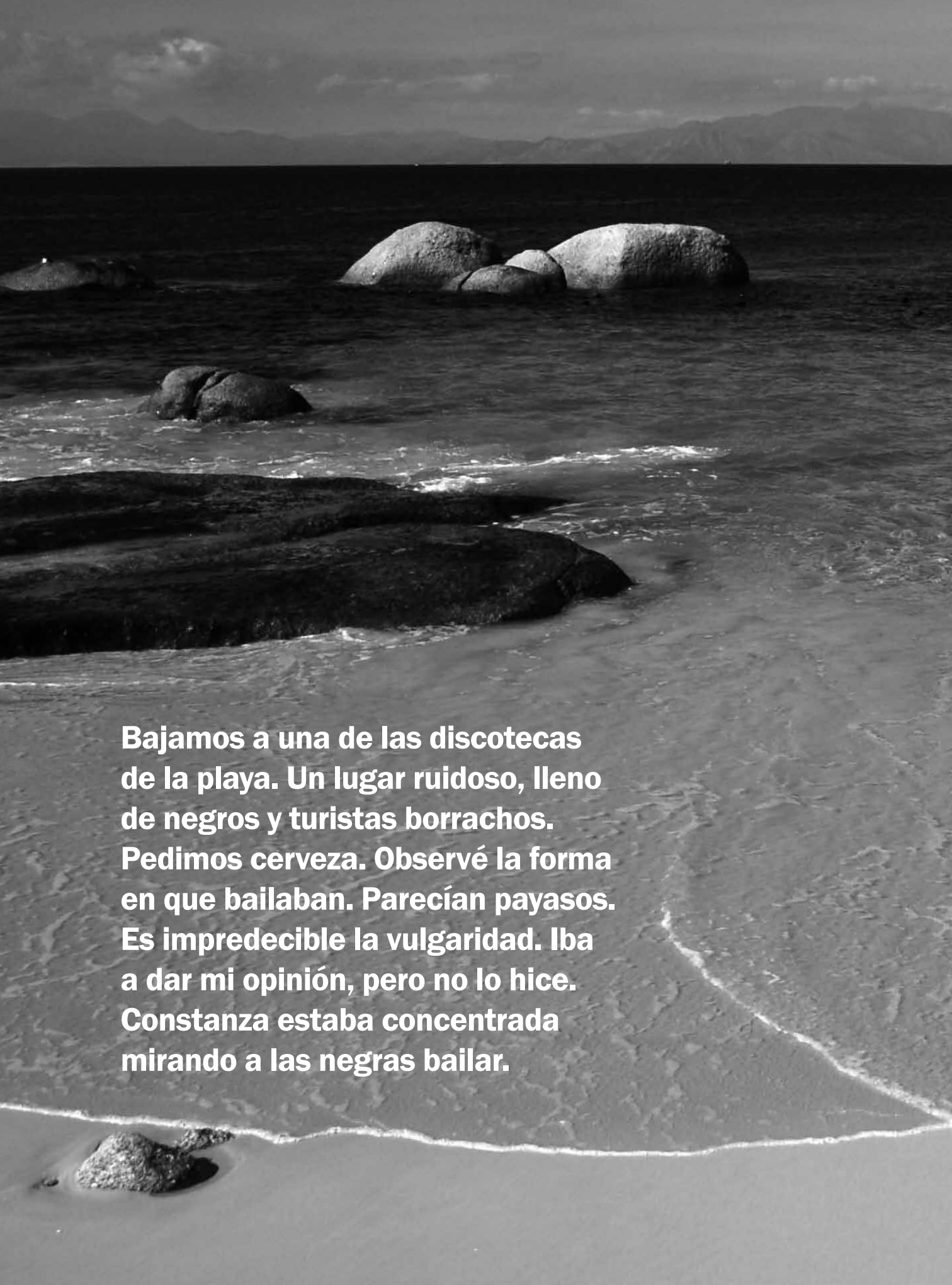
–Y si nos adelantamos con una porción de sus restos y la depositamos primero.

Me abrazó. Llegamos a la casa y sin que nadie nos viera, sacamos cinco puñados de huesos. Eran extraños, parecían cal molida. Sentí como si hiciera un sacrilegio. Los depositamos en otra bolsa.

–Ese no es mi padre– dijo Constanza.

–Son sus huesos. Debes respetarlos– dije yo.

Lo de la noche también fue complicado. Tuve que hablar con la madre para que nos permitiera viajar la fecha que teníamos prevista. Ellos nos alcanzarían después. Pensé que lo iba a tomar mal. Hacía tan sólo tres días que su esposo había muerto, y nosotros pensando en viajar. Se debía respetar el duelo. Si alguien me hubiera hecho la propuesta lo hubiera tomado mal. Ella nos dio la bendición. En ese momento pensé decirle que quería casarme con Constanza. Era el momento indicado para pedir su mano, pero no lo hice. Planeé hacerlo cuando las cenizas de su padre descansaran en el fondo del mar, en el momento en que se reuniera el resto de la familia.



Bajamos a una de las discotecas de la playa. Un lugar ruidoso, lleno de negros y turistas borrachos. Pedimos cerveza. Observé la forma en que bailaban. Parecían payasos. Es impredecible la vulgaridad. Iba a dar mi opinión, pero no lo hice. Constanza estaba concentrada mirando a las negras bailar.

2

Subimos a la avioneta y todo empezó a parecerme como si fuera un sueño perfecto. Es impredecible la felicidad. El día era brillante y Constanza estaba hermosa a pesar de la tragedia de su padre. Salimos de Bogotá rumbo al último puerto sobre el Pacífico colombiano. A una isla virgen enclavada en el mar llamada Boca Grande. El paraíso en la tierra. En el momento en que vi las aguas azul oscuras del océano desde la altura, sentí una felicidad casi inhumana. Tomé la mano de Constanza. Ella estaba tratando de entender lo que había ocurrido. “¿Qué hago en esta avioneta? ¿Qué hago en medio del mar?” Parecía decir. No la dejé hundir. La abracé y le dije:

–Estás conmigo.

Lloró. Los restos de su padre venían en una bolsa de terciopelo negro y estaban en su cartera. Abrazados, sentimos cómo la avioneta descendía hasta tocar tierra.

3

No soy racista pero no me gustan los negros. Siempre que llegamos al puerto de Tumaco, hacemos lo posible por embarcarnos ese mismo día a Boca Grande, y dejar el puerto y su ruido. Ese día pensaba hacer lo mismo, pero no ocurrió. Cuando llegamos, las lanchas que llevan a la isla habían partido. No hubo otro remedio que pasar la noche en un hotel al lado de la playa. Nos registramos y subimos a la habitación. Constanza no quería comer. Se encerró en el baño y la oí llorar. Saqué insecticida y apliqué una capa generosa sobre mi piel para evitar que los mosquitos me picaran. Pasó una hora y fui a golpear.

–Amor, no sigas llorando.

Hubo un silencio profundo. Pasaron quince minutos y oí la ducha abrirse. Al momento salió renovada. Se vistió y dijo:

–Quiero tomar una cerveza.

–Pidámosla en Recepción.

–No quiero tomar aquí. Vamos a la discoteca.

–Amor, tú sabes que no me gustan las discotecas de estos sitios.

–No quiero tomar aquí.

–Estás alterada. Yo entiendo. Descansa. Mañana saldremos a primera hora a Boca Grande.

–Si no me acompañas, voy sola.

¿Qué le ocurría? Me estaba contradiciendo. Acepté para evitar problemas. Bajamos a una de las discotecas de la playa. Un lugar ruidoso, lleno de negros y turistas borrachos. Pedimos cerveza. Observé la forma en que bailaban. Parecían payasos. Es impredecible la vulgaridad. Iba a dar mi opinión, pero no lo hice. Constanza estaba concentrada mirando a las negras bailar. Iba por la

mitad de mi cerveza cuando ella terminó y pidió otra. No le dije nada. Terminé la mía y ella acabó la segunda. Pidió otra.

–¿Quieres emborracharte? –dije.

–No.

– ¿Por qué estás bebiendo tan rápido?

–Hace mucho calor.

–Eso es una excusa.

–Tómalo como quieras.

–En dos años que llevamos de novios nunca habías tomado tan rápido.

–Sólo es una cerveza.

–Ya llevas tres.

Empezó a beber más lento, sin embargo acabó primero y pidió otra.

–Si sigues así, nos vamos.

– ¿Por qué?

–Te has tomado cuatro cervezas y yo una.

Estaba borracha.

–Quiero bailar.

–No me gusta bailar en estos sitios.

Entonces se levantó. Empezó a bailar sola. Fui a cogerla.

–¡Siéntate!

Se zafó de mi brazo y fue a la pista. No quería hacer el ridículo. Odio los ridículos. Me senté. En cuanto llegó a la pista un negro la asedió. Empezó a bailar con él. Tuve que usar mis fuerzas para controlarme. El disco terminó y volvió a la mesa.

–Esto se acabó. Vamos ya– dije.

No respondió nada. Me levanté y la cogí del brazo. No opuso ninguna resistencia. Salimos de la discoteca.

En la mañana fui a comprar los pasajes. Cuando salí, ella dormía, pero al volver había entrado al baño. La oí llorar de nuevo. Alisté mi maleta. Oí la ducha. Luego salió a vestirse.

–A las diez salimos, amor– dije.

–Sí– respondió.

–Alista las cenizas para botarlas al mar.

–Sí– respondió.

–Ya hablé con el chofer de la lancha. Le dije que parara en alta mar para que botes las cenizas.

Se echó sobre mis brazos y la abracé.

–Tranquila.

–Sí– respondió separándose de mí.

–Alista tus cosas.

Empezó a hacerlo. Entré al baño. Olía a vómito. Fue mala idea haber accedido bajar a esa discoteca.

4

Hubiera preferido una lancha sólo para los dos, pero comprar la totalidad de los puestos resultaba costoso. Salimos del hotel y la mañana era perfecta. El cielo estaba impecablemente azul y su reflejo en el espejo del mar hacía incandescente el paisaje. Caminamos por la arena para llegar a la lancha. Me sentía feliz. Miré a Constanza. Llevaba un vestido azul y una pañoleta negra en la cabeza. Estaba triste. Me pareció que aún no había superado el primer impacto del reconocimiento de la muerte. Los restos de su padre iban en su cartera. Él ya no existía. Me tenía a mí. Llegamos y recibimos nuestros chalecos salvavidas. El resto de pasajeros estaba acomodándose en los puestos. Había seleccionado los dos primeros, al lado del chofer. Le pagué una comisión por ello. Nos subimos. Me mojé los pies con el agua tibia que había en el interior de la lancha. Constanza se sentó a mi lado y la abracé. Quise decirle en ese momento: “Quiero casarme contigo. Quiero que vivamos juntos y hagamos una familia”. Pero no lo hice. Me contuve. El motor se encendió y la lancha se metió en el mar. Parecía una película, una travesía al último lugar de la tierra. Con mi mano toqué el agua del océano. Constanza miraba al frente con fuerza y resignación. Atrás, la gente hablaba y reía. La lancha empezó a acelerar su marcha. Regresé a mirar. El puerto quedaba relegado. Mi emoción era indescriptible. Después de veinte minutos estábamos en alta mar. Sólo agua nos rodeaba y el cielo parecía protegernos. Le hice la señal al chofer. Apagó el motor. Los pasajeros se extrañaron. Él dijo:

–Va a haber una ceremonia.

Se confundieron aun peor. No me importaba. Miré a Constanza. Había llegado el momento más sublime de nuestras vidas. Después de dejar las cenizas, le diría que quería casarme con ella, que quería protegerla el resto de mi vida.

–Amor, saca los restos– dije.

Ella abrió su cartera, sacó la bolsa de terciopelo negro, desapuntó el cordón y cuando creí que iba a levantarse para dejar caer en forma lenta los restos sobre sus manos y que, a su vez, éstos alcanzaran el mar, lanzó con violencia las cenizas. Lo hizo con tanta fuerza y odio, que varios pedazos de huesos cayeron en mi cara.

–¿Ya?– preguntó el chofer.

–Sí– dijo ella.

Y prendió el motor para continuar la marcha. Quedé frío, de una sola pieza. No habían transcurrido más de diez segundos. ¿Para eso habíamos ido a la mitad del mar? ¿Dónde estaba la ceremonia? ¿Dónde estaba el respeto? ¿El decoro? ¿Dónde quedaba la grandeza del acto? En ese momento todo se desmoronó. Los dos años con ella se despedazaron en ese instante. No podía vivir con Constanza. No podía estar con alguien que no fuera capaz de echar dignamente las cenizas de su padre al mar. Ese día rompí nuestro compromiso. No me iba a casar con alguien así. Regresé solo tres días después. Las rupturas son impredecibles. No la volví a ver nunca. ■